

ambición aguja, sino las que la prudencia y la razón pueden implantar en un alma bien gobernada), era dueño de todas cuantas pueden concebirse. Dió tantas pruebas de esas sus virtudes peculiares, cual el propio Alejandro y como César, pues aun cuando sus expediciones guerreras no sean tan frecuentes ni tan ruidosas, consideradas detenidamente en todas sus circunstancias, no dejan de ser tan importantes y vigorosas como las de aquéllos, al par que suponen igual suma de arrojo y capacidad militar. Concediéronle los griegos el honor de nombrarle, sin contradicción, el primero de entre todos ellos; y ser el primero en Grecia viene á ser lo mismo que ser el primero del mundo. Por lo que toca á su entendimiento y sabiduría, este parecer antiguo llegó á nosotros: « que jamás ningún hombre supo tanto ni habló tan poco como él », pues pertenecía á la escuela de Pitágoras; y en lo que habló, nadie le llevó ventaja: era orador excelente, incomparable en la persuasión de sus oyentes. En punto á costumbres y conciencia, sobrepujo con mucho á cuantos al manejo de los negocios se hayan consagrado; esta parte, de preferencia á las otras, debe ser examinada, como que designa realmente quiénes somos; con ella contrapeso yo todas las demás reunidas, y en ella ningún otro filósofo le aventaja, ni siquiera el propio Sócrates. El candor en Epaminondas es una cualidad propia, dominadora, constante, uniforme é incorruptible. El de Alejandro, comparado con él, se nos muestra subalterno, incierto, adulterado, blando y fortuito.

Juzgó la antigüedad que al examinar por lo menudo todas las acciones de los otros grandes capitanes, en cada uno de ellos se encuentra alguna especial cualidad que le ilustra: en éste solamente se reconoce una virtud y una capacidad, á las cuales nada falta, mostrándose de un modo permanente; nada deja que apetecer en todos los deberes de la vida humana, ya se trate de ocupación pública ó privada, pacífica ó guerrera; lo mismo en el vivir que en el morir grande y gloriosamente: no conozco ninguna categoría ni ninguna fortuna humanas que yo considere con tanto honor y contemple con tan amorosa mirada.

Cierto que su obstinación por permanecer en la pobreza la encuentro en algún modo escrupulosa, tal y como sus mejores amigos nos la pintan. Esta sola acción, que á pesar de todo es altísima y muy digna de ser admirada, se me antojó agrilla para deseármela conforme él la practicaba.

Tan sólo Escipión Emiliano, por su fin altivo y magnífico y por su conocimiento de las ciencias, tan profundo y universal, podría colocarse en contraposición en el otro platillo de la balanza. ¡Cuán enorme contrariedad me ocasionaron los siglos apartando precisamente de nuestros

ojos, de las primeras, la más noble pareja de vidas que Plutarco encierre, las de esos dos personajes que, conforme al común consentimiento del mundo, fueron el primero de los griegos uno, y el otro el primero de los romanos! ¡Qué asunto el de sus existencias! ¡qué artifice el biógrafo que las describiera!

Para un hombre que no sea santo, sino lo que nosotros llamamos varón cumplido, de costumbres urbanas y corrientes, y de una moderada elevación, la más rica vida, digna de ser vivida que yo conozca entre los vivos, como generalmente se dice, adornada de mejores y más apetecibles prendas, es á mi ver la de Alcibiades, todo bien considerado.

Mas como Epaminondas dió siempre muestras de una bondad excesiva, quiero apuntar aquí algunas de sus opiniones. El más dulce contentamiento que en toda su vida experimentara, según él mismo testimonia, dice que fué el placer que procuró á su padre y á su madre con su victoria de Leuctres; relegábase de buen grado, prefiriendo el placer de ellos al propio contentamiento, tan justo y tan pleno en una tan gloriosa acción: no creía « que fuera lícito, ni siquiera para recobrar la libertad de su país, el dar la muerte á un hombre sin conocimiento de causa »; por eso desplegó tan poco ardor en la expedición de Pelópidas, su compañero de armas en la liberación de Tebas. Decía también « que en una batalla había que huir el encuentro de un amigo que militara en el partido contrario, sin sacrificar su vida ». Y como su humanidad para con sus mismos enemigos le hiciera sospechoso á los ojos de los beocios, porque luego de haber forzado milagrosamente á los lacedemonios á abrirle el paso que pretendían obstruir á la entrada de Morea, cerca de Corinto, se conformó solamente con vencerlos sin perseguirlos tenazmente, fué honrosísimamente desposeído del cargo de capitán general por semejante causa. Avergonzados sus conciudadanos, tuvieron por necesidad que reponerle pronto en su grado, reconociendo cuánto dependían de él la gloria y la salvación de todos: la victoria le seguía como su sombra por los sitios todos donde guiaba, y, cuando murió, acabó también con él la prosperidad de su país, como con él había nacido.

CAPÍTULO XXXVII

DE LA SEMEJANZA ENTRE PADRES É HIJOS

En este hacinamiento de tantas piezas diversas sólo pongo mano cuando un vagar demasiado ocioso me empuja, y nunca en otro lugar que no sea mi propia casa; por eso

fué formándose en ocasiones distintas y con largos intervalos, por haberme ausentado de mi vivienda á veces durante meses enteros. Tampoco enmiendo mis primeras fantasías con las segundas; si alguna vez me ocurre cambiar alguna palabra, lo hago para modificar, no para suprimir. Quiero representar el camino de mis humores para que cada parcela sea vista en el instante de su nacimiento, y me sería muy grato hoy haber comenzado más temprano la labor para así reconocer la marcha de mis mutaciones. Un criado que me servía á escribirlas bajo mi dictado creyó procurarse rico botín sustrayéndome algunas que escogió á su gusto, pero me consueña que no hallará más ganancia que pérdida yo he experimentado. Desde que comencé he envejecido siete ú ocho primaveras, lo cual no aconteció sin que yo ganara alguna adquisición nueva: la liberalidad de los años hizome experimentar el cólico; que el comercio de ellos y su conversación dilatada nunca transcurren sin algún fruto semejante. Hubiera querido que entre los varios presentes que procuran á los que durante largo tiempo los frecuentan eligieran alguno para mí más aceptable, pues ni adrede hubiesen acertado á ofrecerme otro que desde mi infancia mayor horror me infundiera; era de todos los accidentes de la vejez precisamente el que más yo temía. Muchas veces pensé conmigo mismo que iba metiéndome demasiado adentro, y que de recorrer un tan dilatado camino no dejaría de hallar á mi paso algún desagradable obstáculo; sentía que la hora de partir era llegada y que precisaba cortar en lo vivo y en lo no dañado, siguiendo la regla de los cirujanos cuando tienen que amputar algún miembro; y que á aquel que no devuelve á tiempo la vida naturaleza acostumbra á hacerle pagar usuras bien caras. Pero tan lejos me hallaba entonces de encontrarme presto á entregarla, que después de diez y ocho meses, ó poco menos, que me veo en esta ingrata situación, aprendí ya á acomodarme á ella; me encuentro bien hallado con este vivir colicoso y doy con qué consolarme y esperar. ¡Tan acoquinados están los hombres con su ser miserable que no hay condición, por ruda que sea, que no acepten para conservarse! Oid á Mecenas:

Debilem facito manu,
Debilem pede, coxa;
Lubricos quate dentes:
Vita dum superest, hec est!

y Tamerlán encubría con visos de torpe humanidad la crueldad increíble que ejerciera contra los leprosos haciendo matar á cuantos venían á su conocimiento para de este modo, decía, «libertarlos de la existencia penosa que vi-

1. Dejádme cojo y manco y desdentado; bien está si me queda la vida. Versos de Mecenas, en la *Epíst.* 401 de SENECA.

vian»: pues todos ellos hubieran mejor preferido ser tres veces leprosos que dejar de ser; y Antistenes el estoico, hallándose enfermo de gravedad, exclamaba: «¿Quién me librará de estos males?» Diógenes, que le había ido á ver, le dijo presentándole un cuchillo: «Este, si tú quieres, y en un instante. — No digo de la vida, replicó aquél, sino de los dolores.» Los sufrimientos de que simplemente el alma padece me afligen mucho menos que á la mayor parte de los hombres, ya por reflexión, pues el mundo juzga horribles algunas cosas, ó evitables á expensas de la vida, que para mí son casi indiferentes, merced á una compleción estúpida é insensible para con los accidentes que me acometen en derechura, la cual considero como uno de los mejores componentes de mi natural; mas los quebrantos verdaderamente esenciales y corporales los experimento con harta viveza. Por eso, como antaño los preveía con vista débil, delicada y blanda, á causa de haber gozado la prolongada salud y el reposo que Dios me prestara durante la mejor parte de mis años, mi mente los había concebido tan insoportables, que, á la verdad, más miedo albergaba con la idea que mal experimenté con la realidad; por donde creo cada día con mayor firmeza que la mayor parte de las facultades de nuestra alma, conforme nosotros las ejercitamos, trastornan más que contribuyen al reposo de la vida.

Yo me encuentro en lucha con la peor de las enfermedades, la más repentina, la más dolorosa, la más mortal y la más irremediable; me ha hecho ya experimentar cinco ó seis dilatadísimos y penosos accesos, mas sin embargo, ó yo me vanaglorio ó entiendo que aun en ese estado encuentro todavía modo de sustraerse quien tiene el espíritu aligerado del temor de la muerte y descargado de las amenazas, conclusiones y consecuencias con que la medicina nos llena la cabeza; ni siquiera al efecto mismo del dolor circunda una agriura tan áspera y prepotente para que un hombre tranquilo se encolerice y desespere. Este provecho he sacado del cólico que no había logrado con mis solas fuerzas alcanzar: que me concilia de todo en todo con la muerte y me arrima á ella, pues cuanto más aquél me oprima é importune, tanto menos el sucumbir me será temible. Había ya ganado el no amar la vida sino por la vida misma; aquel dolor servirá aún para desatar esta inteligencia; ¡y quiera Dios que al fin (si la rudeza del acabar viene á sobrepujar mis fuerzas) el mal no me lance á la opuesta extremidad, no menos viciosa, de amar y desear el morir!

Summum nec metuas diem, nec optes!

1. No temas ni desees el fin de tu vida. MARCIAL, X, 47.

son dos pasiones igualmente merecedoras de temor; mas el remedio de la una se alcanza con mayor presteza que el de la otra.

Por lo demás siempre consideré como cosa de ceremonia el precepto que tan rigurosa y exactamente ordena el mantener buen semblante junto con un ademán desdeñoso ante el sufrimiento de los males ¿Por qué la filosofía, cuya misión mira solamente á lo vivo y á los efectos, se detiene en estas apariencias externas? Que abandone ese cuidado á los farsantes y á los maestros de retórica, quienes con tantos aspavientos encarecen nuestros gestos; que conceda valientemente al dolor la flojedad vocal, siempre y cuando que ésta no sea ni cordial ni del pecho emane, y preste de buen grado esas quejas al género de suspiros, sollozos, palpitaciones y palideces que la naturaleza puso por cima de nuestro poder: mientras el ánimo se mantenga libre de horror y las palabras surjan sin desesperación, que la filosofía se dé por satisfecha; ¿qué importa que retorizamos nuestros brazos mientras no hagamos lo propio con nuestros pensamientos? Debe enderezarnos para nosotros, no para los demás; para ser, no para parecer; que la filosofía se detenga á gobernar nuestro entendimiento, que es la misión que se impuso; que en medio de los esfuerzos del cólico mantenga el alma capaz de reconocerse, de seguir su camino acostumbrado, combatiendo el dolor y haciéndole frente, no prosternándose vergonzosamente á sus pies; conmovida y ardorosa por el combate, no abatida y derribada; capaz de comercio, susceptible de conversar y de otra ocupación cualquiera, hasta llegar á cierto limite. En accidentes tan extremos es crueldad el requerir de nosotros una compostura tan ordenada; si con ello experimentamos mejoría, poco importa que adoptemos mal semblante; si el cuerpo se alivia con los lamentos, que los exhale; si la agitación le place, que se eche á rodar de un lado á otro como mejor cuadre á su albedrío; si le parece que el mal se evapora en algún modo (algunos médicos dicen que esto ayuda á parir á las mujeres preñadas) expulsando la voz afuera con violencia grande, ó si así entretiene su tormento, que grite hasta desgañitarse. No ordenemos á esa voz que camine, dejémosla marchar. Epicuro, no solamente perdona á sus discípulos el gritar ante los tormentos, sino que se lo aconseja: *Pugiles etiam, quum feriunt, in jactandis cæstibus ingemiscunt, quia profundenda voce omne corpus intenditur, venitque plaga vehementior* ¹. Sobrado trabajo nos procura el mal sin que vayamos á sobrecargarnos con esas reglas superfluas.

Todo lo cual va dicho para excusar á los que ordinaria-

1. También los gladiadores cuando van á herir, al agitar sus cestos, lanzan gemidos, porque al escuchar este clamor todo el cuerpo se distiende y así nace el arranque más vehemente. CICERÓN, *Tusc. Quæst.*, II, 23.

mente vemos armar estrépito ante los asaltos y sacudidas de esta enfermedad, pues por lo que á mi toca hasta la hora actual la he pasado con algún mejor continente, y me conformo con gemir sin bramar: y no porque me violento á fin de mantener esta decencia exterior, pues no doy importancia alguna á semejante ventaja (en este punto otorgo al mal rienda suelta), sino porque mis dolores ó no son tan excesivos ó nuestro ante sus acometidas firmeza mayor que el común de las gentes. Yo me quejo y me despecho cuando las agrias punzadas me oprimen, pero no llevo á la desesperación como aquél,

Ejulatu, questu, gemitu, fremitibus
Resonando, multum flebiles voces refert ¹:

me sòndeo en lo más duro del dolor, y siempre me he reconocido capaz de decir, pensar y responder tan sanamente como en cualquiera otra hora, mas no con igual firmeza, merced al mal, perturbador y desquiciador. Cuando más me aterra y los que me rodean no economizan ninguna suerte de cuidados, ensayo yo muchas veces mis fuerzas hablándoles de las cosas más lejanas de mi estado. Todo me es factible á cambio de un repentino esfuerzo, mas la duración es brevísima. ¿Que no dispusiera yo de la facultad de aquel soñador de Cicerón, que soñando gozar una muchacha se encontró con que se había aligerado de su piedra en medio de las sábanas! Los míos me descargan extrañamente. En los intervalos de este dolor excesivo, cuando mi uretra languidece sin mortificarme, encaminome de pronto á mi estado ordinario con tanta mayor facilidad cuanto que mi alma no estaba ganada anteriormente por otra alarma distinta de la sensible y corporal, de lo cual soy deudor al cuidado que siempre tuve de prepararme por reflexión á semejantes accidentes:

Laborum
Nulla mihi nova nunc facies inopinave surgit:
Omnia præcepi, atque animo mecum ante peregi ²:

Por eso estoy habituado con bastante resistencia para un aprendiz á los cambios repentinos y rudos, habiendo ido á dar de pronto de una dichosísima y muy dulce condición de vida á la más lamentable y penosa que pueda imaginarse; pues á más de ser la mía una enfermedad por sí misma muy de temer, hizo en mí sus comienzos con mucha mayor aspereza y dificultad de lo que tiene por costumbre: los accesos se apoderan de mí con frecuencia tanta, que

1. Haciendo resonar sus lamentos, súplicas, gemidos y sollozos, con apagadas voces expresa su dolor cruento. Versos de Atio citados en dos pasajes de CICERÓN, *de Finibus*, II, 29; *Tusc. Quæst.*, II, 14.

2. De entre todos los sufrimientos ya ningún nuevo aspecto me sorprenderá inopinadamente; todo lo prevé y á todo adiestré mi ánimo. VIRGILIO, *Eneida*, II, 103.

casi nunca me siento en cabal salud. De todas suertes hasta el presente me mantengo en tal situación que si á ella puedo llevar la constancia, reconózcome en mejor condición de vida que mil otros desprovistos de fiebre ni enfermedad diferentes de las que se procuran á sí mismos por defecto de raciocinio.

Existe cierta manera de humildad sutil que emana de presunción, como la que hace que reconozcamos nuestra ignorancia en muchas cosas y seamos tan corteses que declaramos la existencia en las obras de la naturaleza de algunas cualidades y condiciones que nos son imperceptibles, y de las cuales nuestra insuficiencia no alcanza á decir los medios y las causas. Con esta honrada declaración de conciencia esperamos ganar la ventaja de que se nos crea igualmente en aquello que decimos comprender. Inútil es que vayamos escogiendo milagros y casos singulares y extraños; paréceme que entre las cosas que ordinariamente vemos hay singularidades incomprensibles que superan la dificultad de los milagros. ¿Qué cosa más estúpida que esa gota de semilla, de la cual somos producto, incluya en ella las impresiones no ya sólo de la forma corporal, sino de los pensamientos é inclinaciones de nuestros padres? Esa gota de agua, ¿dónde acomoda un número tan infinito de formas, y cómo incluye las semejanzas por virtud de un progreso tan temerario y desordenado que el biznieto responderá á su bisabuelo, y el sobrino al tío? En la familia de Lépido, en Roma, hubo tres individuos que nacieron (no los unos á continuación de los otros, sino por intervalos) con el ojo del mismo lado cubierto con un cartilago. En Tebas había una familia cuyos miembros llevaban estampado desde el vientre de la madre la forma de un hierro de lanza, y quien no lo tenía era considerado como ilegítimo. Aristóteles dice que en cierta nación en que las mujeres eran comunes, los hijos asignábanse por la semejanza á sus padres respectivos.

Puede creerse que yo debo al mío mi mal de piedra, pues murió afligidísimo por una muy gruesa que tenía en la vejiga, y sólo advirtió su mal á los sesenta y siete años de su edad; antes de este tiempo nunca sintió amenaza ó resentimiento en los riñones, ni en los costados, ni en ningún otro lugar, y había vivido hasta entonces con salud próspera, muy poco sujeto á enfermedad. Siete años duró después del reconocimiento del mal, arrastrando un muy doloroso fin de vida. Yo nací veinticinco años, ó más temprano, antes de su enfermedad, cuando se deslizaba su existencia en su mejor estado, y fui el tercero de sus hijos en el orden de nacimiento. ¿Dónde se incubó por espacio de tanto tiempo la propensión á este mal? Y cuando mi padre estaba tan lejos de él, esa ligerísima sustancia con que me edificó, ¿cómo fué capaz de producir una impresión tan

grande? ¿y cómo permaneció luego tan encubierta que únicamente cuarenta y cinco años después he comenzado á resentirme, y yo sólo hasta el presente entre tantos hermanos y hermanas nacidos todos de la misma madre? A quien me aclare este problema, creeré cuantos milagros quiera, siempre y cuando que (como suele hacerse) no me muestre en pago de mi curiosidad una doctrina mucho más difícil y abstrusa que no es la cosa misma.

Que los médicos excusen algún tanto mi libertad si digo que merced á esa misma infusión é insinuación fatales he asentado en mi alma el menosprecio y el odio hacia sus doctrinas. Esta antipatía que yo profeso al arte de sanar es en mí hereditaria. Mi padre vivió setenta y cuatro años; mi abuelo sesenta y nueve, y mi bisabuelo cerca de ochenta, sin que llegaran á gustar ninguna suerte de medicina; y entre todos ellos, cuanto no pertenecía al uso ordinario de la vida era considerado como droga. La medicina se fundamenta en los ejemplos y en la experiencia; así también se engendran mis opiniones. ¿No es el que ofrecen mis abuelos un caso peregrino, prueba de experiencia y de los más ventajosos? Ignoro si los médicos acertarian á señalarme consignado en sus registros otro parecido de personas nacidas, educadas y muertas en el mismo hogar, bajo el mismo techo, que hayan pasado por la tierra bajo un régimen de vida hijo del propio dictamen. Necesario es que confiesen en este punto que si no la razón, al menos la fortuna recae en provecho mío, y téngase en cuenta que entre los médicos acaso vale tanto la fortuna como la razón. Que en los momentos presentes no me tomen como argumento de sus miras, y que no me amenacen, aterrado como me encuentro, que esto sería cosa de superchería. De suerte que, á decir la verdad, yo he ganado bastante sobre los médicos con los ejemplos de mi casa, aun cuando en lo dicho se detengan. Las cosas humanas no muestran tanta constancia: doscientos años ha (ocho solamente faltan para que se cumplan) que aquel largo vivir nos dura, pues el primero nació el mil cuatrocientos dos; así que, razón es ya que la experiencia comience á escaparnos. Que no me echen en cara nuestros Galenos los males que á la hora presente me tienen agarrado por el pescuezo, pues haber vivido libre de ellos cuarenta y siete años, ¿no es ya suficiente? Aunque éstos sean el fin de mi carrera, considérola ya como de las más dilatadas.

Mis antepasados tenían tirria á la medicina á causa de una inclinación oculta y natural; hasta la sola vista de las drogas horrorizaba á mi padre. El señor de Gaviac, mi tío paternal, hombre de iglesia, enfermo desde su nacimiento, y que sin embargo hizo durar su débil vida hasta los sesenta y siete años, como cayera enfermo de una fuerte y vehemente fiebre crónica, ordenaron los médicos que se le

advirtiera que de no ayudarse con eficacia (socorro llaman á lo que casi siempre es impedimento), moriría infaliblemente. Asustado como estaba con tan terrible sentencia, respondió: «Pues entonces me doy por muerto.» Mas Dios trocó muy luego en vano semejante pronóstico. El último de sus hermanos (eran cuatro), el señor de Bussaguet, que era el más joven, sometiése sólo á este arte, acaso por el comercio, así lo creo yo al menos, que sostenía con las otras artes, pues era consejero en la Cámara del Parlamento, y le fué tan mal que, siendo en apariencia de compleción más resistente, murió, sin embargo, mucho antes que los otros hermanos, á excepción de uno de ellos, el señor de Saint-Michel.

Posible es que yo haya recibido de ellos esta aversión natural á la medicina, pero si no tuviera en mi favor otras consideraciones, hubiese intentado vencer aquélla, por cuanto todas las convicciones que nacen en nosotros son viciosas y constituyen una especie de enfermedad que es preciso combatir. Pudo, como digo, ocurrir que yo me inclinara á semejante propensión, pero lo seguro es que la apoyé y fortifiqué con el raciocinio, el cual arraigó en mí la opinión que profeso, pues yo odio también la consideración que rechaza la medicina por el amargor de su gusto. No sería éste mi sentir encontrando la salud merecedora de ser rescatada aun á costa de todos los cauterios é incisiones más penosas que se practiquen. Y siguiendo á Epicuro, me parece que deben evitarse los goces si traen luego como consecuencia dolores más grandes, y buscarse los quebrantos que acarrear goces mayores.

Cosa preciosa es la salud, y la sola, en verdad, merecedora de que se empleen en su inquirimiento no ya el tiempo solamente, los sudores, los dolores y los bienes, sino hasta la misma vida, tanto más cuanto que sin ella la existencia nos es carga penosa y horrenda. Sin ella los goces, la prudencia, la ciencia y la virtud se empañan y desvanecen, y á los más firmes y rígidos discursos que la filosofía quierá imprimirnos en prueba de lo contrario, no tenemos sino oponer la imagen de Platón, herido de enfermedad aguda ó por el mal apoplético, y admitida ya presuposición semejante, desafiarle á que llamara en su socorro las espléndidas facultades de su alma. Todo camino que nos conduzca á la salud no puede en mi sentir considerarse como áspero ni costoso. Mas yo albergo otras razones que me hacen desconfiar extrañamente de esta mercancía. Y no digo que no pueda haber algún arte, ni que no existan entre tantas producciones de la naturaleza algunas cosas propias á la conservación de nuestra salud; esto es evidente. Yo bien sé que hay simples que humedecen y otros que secan; por experiencia conozco que los rábanos ocasionan flatos, y que las hojas de sen libertan el vientre; familiares me son es-

tos remedios como igualmente que el carnero me sirve de alimento y que el vino me caldea; y decía Solón que el comer era, como las otras drogas, una medicina contra la enfermedad del hambre. No desapruuebo el uso que del mundo sacamos, ni pongo en duda la fecundidad y el poder de la naturaleza y la aplicación de ésta á nuestras necesidades; bien advierto que los sollos y las golondrinas se encuentran con ella bien hallados. Yo desconfío de las invenciones de nuestro espíritu, de nuestra ciencia y de nuestro arte, en favor del cual abandonamos aquella sabia maestra y sus preceptos, y por el cual gobernados no acertamos á mantenernos en la moderación ni en el justo limite. Como llamamos justicia á la modelación de las primeras leyes que caen bajo nuestra mano, á su aplicación y práctica ineptísima y frecuentemente escandalosísima; y como aquellos que de ella se burlan y la acusan no entienden sin embargo injuriar virtud tan noble, sino exclusivamente condenar el abuso y profanación de tan sagrado título, así en la medicina venero yo su glorioso epípeto, su proposición y sus promesas, de utilidad indudable al género humano; mas lo que entre nosotros designa, ni lo honro ni lo estimo.

En primer lugar, la experiencia me la hace temer, pues allí donde mis conocimientos alcanzan no veo ninguna clase de gentes que más enferme ni que más tarde cure que la que vive bajo la jurisdicción de la medicina; la salud de aquéllas se adultera y corrompe con la sujeción del régimen.

Los médicos no se contentan con gobernar la enfermedad, sino que además truecan la salud en mal para asegurar en toda ocasión el ejercicio de su autoridad; y efectivamente, de una salud constante y plena ¿no sacan como consecuencia una enfermedad futura? Yo he estado enfermo con sobrada frecuencia, y sin socorro extraño hallé mis males (y los experimenté de todas suertes) tan dulces de soportar y tan cortos cual ninguna otra persona, no habiendo recurrido á la amargura de sus prescripciones. Mi sanidad es libre y cabal sin más regla ni disciplina que mi costumbre y mi deleite; cualquier lugar me es adecuado para fijarme, pues no me precisan comodidades distintas en la enfermedad á las que he menester estando bueno. Carecer de facultativo no me intranquiliza ni tampoco de boticario y otros auxilios cuya privación aflige á la mayor parte de las gentes más que el mal mismo. ¿Cómo! ¿Acaso ellos nos muestran con su vida bienandante y duradera que podamos abrigar en su ciencia alguna racional seguridad?

No hay nación que no haya vivido muchos siglos sin medicina, entre ellas las primeras, es decir, las mejores y las más dichosas; y en todo el mundo, la décima parte no se sirve de ella ni aun actualmente. Infinitos pueblos la desconocen, en los cuales se vive más sana y dilatadamente que

entre nosotros. En nuestro país el vulgo prescinde de ella felizmente; entre los romanos transcurrieron seiscientos años antes de recibirla, y luego de haberla puesto á prueba lanzáronla de su ciudad por mediación de Catón el censor, el cual mostró con cuantísima facilidad se subsistía sin ella, habiendo vivido ochenta y cinco años y hecho durar á su mujer hasta la vejez más extrema, no precisamente sin medicina, sino sin médico, pues todo lo saludable á nuestra vida puede llamarse medicina. Catón mantenía, así lo dice Plutarco, á su familia en salud cabal sustentándola con liebre; como los árcades, dice Plinio, curaban todas las enfermedades con leche de vaca; y los libios, según Herodoto, gozaban popularmente de singular salud gracias á la costumbre que adoptaran: cuando los muchachos habian cumplido cuatro años los cauterizaban y quemaban las venas de la cabeza y de las sienas, por donde para toda la vida cortaban el camino á toda fluxión y constipado; los aldeanos de ese pueblo, en todos los accidentes que les sobrevenían, no empleaban sino el vino más fuerte que tenían, mezclado con azafrán y especias, y siempre con fortuna próspera.

Y á decir la verdad, entre toda esa diversidad y confusión de ordenanzas, ¿que otro efecto se persigue sino vaciar el vientre? Lo cual pueden ejecutar mil simples domésticos; y no sé yo si la operación es tan útil como dicen, y si nuestra naturaleza no tiene necesidad de guardar sus excrementos hasta cierta medida, como el vino ha menester de las heces para su conservación; frecuentemente vemos á personas sanas acometidas por los vómitos ó por los flujos de vientre; por algún accidente extraño se procuran una limpia general sin necesidad alguna precedente ni utilidad consiguiente, y á veces hasta con empeoramiento y menoscabo.

Antaño aprendí en el gran Platón que de las tres suertes de movimientos que nos son inherentes, el último y el peor de todos es el de la purgación; y que ningún hombre, como no sea loco de remate, debe echar mano de ella si no se reconoce empujado por la necesidad más extrema. Con ella se va revolviendo y despertando el mal por oposiciones contrarias; precisa que sea la manera de vivir lo que dulcemente ponga en vías de languidecimiento y reconduzca á su fin; los violentos harponazos entre la droga que se aplica y el mal que se combate redundan siempre en nuestro daño, puesto que la querella se dilucida dentro de nosotros y la medicina es un socorro de poco fiar, por naturaleza enemigo de nuestra salud, y que en nuestra economía no encuentra acceso sino merced al trastorno. Dejemos marchar las cosas sin violentarlas; el orden que auxilia á las pulgas y á los topos, ayuda también á los hombres que tienen paciencia semejante en el dejarse gobernar á la de los topos

y las pulgas; inútil es que gritemos; así no haremos más que enronquecernos sin avanzar un paso, puesto que nos las habemos con un orden indomable y soberbio. Nuestro temor y nuestra desesperación le contrarían, retardando nuestro alivio en vez de convidarlo; al mal debe su curso como á la salud; dejarse corromper en provecho del uno y perjudicando los derechos de la otra, el orden no lo consentirá sin lanzarse derecho al desorden. ¡Sigámosle por lo más santo! Vayamos con él de la mano: él conduce á los que le acompañan, y á los que le abandonan los arrastra y trueca en hidrófobos y á su medicina con ellos. Purgad mejor vuestro cerebro; así ganaréis más que purgando vuestro vientre.

Preguntado un lacedemonio por la causa de su larga y saludable vida respondió que obedecía á « la ignorancia de la medicina »; y Adriano el emperador, ya moribundo, gritaba sin cesar « que la tiranía de los médicos le había matado ». Un luchador detestable se hizo médico, y Diógenes le dijo: « Animo, amigo, hiciste bien, ahora echarás por tierra á los que antaño te derribaron. » Pero los galeños, según Nicocles, tienen la buena estrella « de que el sol alumbra sus bienandanzas y la tierra oculta sus delitos ». Y á más de esto hallan á la mano una ventajosísima manera de que en su provecho recaigan los acontecimientos todos, pues aquello que, merced el acaso, á la naturaleza ó á cualquiera otra causa extraña (y todas consideradas son infinitas), ocasiona en nosotros efecto saludable y bueno, lo achacan á privilegio de la medicina y á ella se lo atribuyen. Todos los resultados felices que llegan al paciente permaneciendo bajo su régimen, de la medicina los alcanza. Las ocasiones en que yo me vi curado y en que mil otros se vieron sanados sin recurrir á los médicos ni á sus socorros las usurpan éstos en su provecho; y en cuanto á los desdichados accidentes, ó rechazan la responsabilidad por completo echando la culpa al paciente con el arrimo de razones tan vanas como éstas, que jamás dejan de encontrar en buen número: « Sacó los brazos de la cama; oyó el ruido de un coche,

Rhedarum transitus arcto
Vicorum in flexu¹;

entrebrieron la ventana, se acostó del lado izquierdo, ó sin duda pasó por su cabeza alguna penosa idea. » (En suma, una palabra, una soñación, una ojeada les bastan como excusa para descargo de sus culpas.) O si les viene en ganas, se sirven del empeoramiento para salir ilesos por otro procedimiento que jamás les falla, y es el conven-

1. El tránsito de las carretas detenidas en las sinuosidades de las calles estrechas y tortuosas. JUVENAL, III, 236.

cernos, cuando la enfermedad se encuentra aguzada por los remedios que aplican, de la seguridad de que nuestro estado sería aun más desastroso sin sus remedios: aquel á quien lanzaron del escalofrío á las tercianas hubiera, según ellos, padecido la fiebre crónica. En verdad obran cuerdamente al requerir del enfermo una creencia que les sea enteramente favorable; preciso es que sea de esa índole, y bien elástica además, para aplicarla á especies tan difíciles de tragar. Platón decía, con razón sobrada, que sólo á los médicos pertenecía el mentir con libertad completa, puesto que nuestra salud depende de la vanidad y falsedad de sus promesas. Esopo, autor de excelencia rarísima, de quien pocas gentes descubren todas las gracias, nos representa ingeniosamente la autoridad tiránica que los médicos usurpan sobre esas pobres almas débiles y abatidas por el temor y el mal, pues refiere que un enfermo, interrogado por el que le asistía acerca del efecto que experimentaba con los medicamentos que le suministrara, contestó: « He sudado mucho. — Eso es bueno », repuso el médico. Otra vez preguntóle cómo le había ido después: « He sentido un frío intenso, respondió el paciente, y he rehilado mucho. — Eso es bueno », añadió el médico. Y como uno de sus domésticos se inquiriera de su situación; « En verdad, amigo, respondió, á fuerza de bienestar me voy muriendo. »

En Egipto había una ley equitativa según la cual el facultativo tomaba al paciente á su cargo durante los tres días primeros del mal á riesgo y fortuna del segundo, mas pasado ese tiempo la cosa corría á cargo del médico; y en verdad que el proceder era justo, pues ¿qué razón hay para que Esculapio, patrón de nuestros hombres, fuera castigado por haber convertido á Hipólito de la muerte á la vida:

Nam Pater omnipotens, aliquem indignatus ab umbris
Mortalem infernis ad lumina surgere vitæ,
Ipse repertorem medicinæ talis, et artis,
Fulmine Phœbigenam Stygias detrussit ad undas *;

y sus sucesores sean absueltos enviando á tantas almas de la vida á la muerte? Un médico alababa á Nicocles el arte que ejercía como cosa de autoridad preeminente: « En verdad opino como tú, repuso Nicocles, puesto que con impunidad completa puede matar á tantas gentes ».

Por lo demás, si yo hubiera pertenecido á esa camada habría convertido mi disciplina en más sagrada y misteriosa; si bien empezaron á maravilla, no siguieron luego el mismo camino. Excelente comenzar era el hacer á los

1. Indignado Júpiter porque un mortal, huyendo de las tinieblas infernales, reapareció en la mansión de la luz, fulminó uno de sus rayos contra el inventor de este arte audaz y precipitó en las aguas del Estigio al hijo de Apolo. VIRGILIO, *Eneid.*, VII, 770.

dioses y á los demonios autores de su ciencia, y el haber adoptado un lenguaje aparte y una escritura aparte, á pesar de que la filosofía declara locura el adoctrinar á un hombre para su provecho por manera ininteligible. *Ut si quis medicus imperet, ut sumat*

Terrigenam, herbigradam, domiportam, sanguine cassam ¹.

Buen precepto de la ciencia de curar es el que acompaña á todas las artes fantásticas, vanas y sobrenaturales; reza ésta la necesidad de que la fe del paciente aguarde con esperanza dichosa y seguridad cabal el efecto de la operación. Esta regla la llevan á una extremidad tal, que para ellos el médico más ignorante y grosero es más adecuado para quien confía en él que el más experimentado y diestro. La elección misma de sus drogas es en algún modo misteriosa y como divina; ya prescriben la pata izquierda de una tortuga, la orina del lagarto, el excremento del elefante ó el higado de un topo; ya la sangre extraída del ala derecha de un pichón blanco; y á los que propendemos al cólico (á tal punto abusan en menosprecio de nuestra miseria) nos preceptúan las cagarrutas de ratón pulverizadas y otras ridiculeces, que más parecen cosas de magia y encantamiento que de ciencia sólida. Dejo á un lado el número impar de sus píldoras; el señalamiento de ciertos días y fiestas del año; la distinción de horas para recoger las hierbas de sus ingredientes, y ese gesto de urañería y prudencia que revisten en porte y continente, el cual ya Plinio ridiculiza. Pero, como dije, no continuaron este hermoso comenzar al no convertir en más religiosas y secretas sus asambleas y consultas: ningún profano debía tener en ellas acceso, como no lo alcanza en las reservadas ceremonias de Esculapio; porque acontece con terna falta que la irresolución médica, la debilidad de sus argumentos, adivinaciones y fundamentos, la rudeza de sus discusiones impregnadas de odio, envidia y egoísmo, viniendo de todo el mundo á ser descubiertas, es preciso ser ciego de remate para no reconocerse en peligro entre sus manos. ¿Quién vió nunca á un médico servirse de la receta de su compañero sin añadir ó quitar alguna cosa? Con esto denuncian de sobra su arte, haciéndonos ver que atienden más á la propia reputación, y por consiguiente á su provecho, que al interés de sus pacientes. Aquel de sus doctores fué más prudente que en lo antiguo les prescribiera que tan sólo uno se las hubiese con un enfermo; pues en este caso, de no hacer nada de provecho, la acusación al arte de la medicina no podrá ser muy grande por la culpa de

1. Como si un médico recetara á un enfermo que tomara « un hijo de la tierra arrastrándose por el césped, desposeído de huesos y de sangre, con la casa á cuestras ». El verso latino es de Cicerón, *de Divinat.*, II, 64.

un hombre solo; por el contrario, la gloria será mayor si la bienandanza corona la obra; mientras que siendo muchos desacreditan constantemente la profesión, con tanta más razón cuanto que mayor es la frecuencia con que practican el mal que la con que ejecutan el bien. Debieran resignarse con el perpetuo desacuerdo que se descubre en las opiniones de los principales maestros y autores antiguos que trataron de esta ciencia, el cual sólo es conocido de los hombres versados en los libros, guardándose de hacer patente al vulgo las controversias y veleidades de juicio que perpetuamente encienden y alimentan entre ellos.

¿Queremos mostrar un ejemplo del remoto debate de la medicina? Herófilo coloca en los humores la causa generadora de las enfermedades, Herasistrato en la sangre de las arterias, Asclepiades en los átomos invisibles que penetran en nuestros poros, Alamón en la exuberancia ó defecto de fuerzas corporales, Diocles en el desequilibrio de los elementos del cuerpo y en la calidad del aire que respiramos, Estrato en la abundancia, crudeza y corrupción del alimento que nos sustenta, é Hipócrates supone que los espíritus son la causa de los males. Hay uno de sus colegas, á quien los médicos conocen mejor que yo, que clama á propósito de tamaña disparidad: «La ciencia más importante que existe para nuestro provecho, ó sea aquella cuya misión es nuestra conservación y salud, es por desdicha la más incierta, la más turbia y á la que agitan cambios más grandes.» No corremos grave riesgo al engañarnos en punto á la altura del sol, ó en echar una fracción de más ó de menos en las medidas astronómicas; pero aquí donde todo nuestro ser se pone en juego no es prudente que nos abandonemos á merced de la agitación de tantos vientos contrarios.

Antes de la guerra peloponesiaca no hubo grandes nuevas de esta ciencia. Hipócrates la acreditó, y cuantos principios éste había sentado, vino Crisipo y los derribó; luego, Erasistrato, nieto de Aristóteles, desmenuzó cuanto Crisipo había escrito; después de ellos sobrevinieron los empíricos, quienes siguieron un camino enteramente opuesto al seguido por los antiguos en el cultivo de este arte; y cuando el crédito de estos últimos empezó á envejecer, Herófilo puso de moda otra suerte de medicina que Asclepiades vino a combatir y á aniquilar á su vez. En su época alcanzaron autoridad las opiniones de Temison, y después las de Musa, y todavía posteriormente las de Viccio Valens, médico famoso por el trato íntimo que mantuvo con Mesalina. El cetro de la medicina fué á parar en tiempo de Nerón á manos de Tesalo, el cual abolió y condenó cuanto había hasta él estado vigente; la doctrina de éste fué abatida por Crinas de Marsella, quien nos trajo como novedades el apañar

todas las operaciones médicas conforme á las efemérides y movimientos de los astros; comer, beber y dormir á la hora que pluguiera á la luna y á Mercurio. Su autoridad fué muy poco tiempo después suplantada por Carino, médico de la misma ciudad de Marsella, quien combatió no sólo la antigua medicina, sino también el uso público de los baños calientes, de tantos siglos antes acostumbrado. Este galeno hacía bañar á los hombres en agua fría hasta en invierno, y zambullía á los enfermos en la corriente de los arroyos. Hasta la época de Plinio ningún romano se había dignado ejercer la medicina; practicábanla los griegos y los extranjeros, como entre nosotros la ejercen los latinajistas; pues, como dice un médico competentísimo, no aceptamos de buen grado el remedio que entendemos, como tampoco la droga que cogemos con nuestras manos. Si los países que nos procuran el guayacán, la zarzaparrilla y el árbol de la quina tienen sus médicos correspondientes, merced al crédito que entre éstos goza lo peregrino y lo extraño, lo singular y lo caro, ¿cuánto no encomiarán nuestras coles y nuestro perejil? En efecto, ¿quién osará menospreciar las cosas tan lejos buscadas, al través de los azares de una peregrinación tan dilatada y peligrosa? Después de estas antiguas mutaciones de la medicina, hubo infinitas otras hasta nuestros días, y ordinariamente transformaciones completas y universales, como son las acontecidas en nuestro tiempo con Paracelso, Fioravanti y Argenterio; pues no solamente cambian un principio, sino que, según me informan, vuelven del revés todo el contexto y ensambladura de la medicina, acusando de ignorancia y engaño á los que la profesaron hasta ellos. Con lo cual puede formarse idea de la suerte que corre el desdichado paciente.

Si á lo menos estuviéramos seguros de que al engañarse no perdemos si no salimos gananciosos, obtendríamos con ello una compensación muy razonable exponiéndonos á alcanzar el bien sin abocarnos á las pérdidas. Esopo relata el cuento siguiente de un individuo que compró un esclavo: como supusiera que el color le había sobrevenido por accidente y perversos tratamientos de su primer amo, hizole medicinar con muchos baños y brebajes, con exquisito esmero, y aconteció que el esclavo no cambió en modo alguno su color obscuro, perdiendo por completo la salud de que antes disfrutara. ¿Cuántas veces no nos ocurre ver á los médicos imputarse los unos á los otros la muerte de sus pacientes? Me acuerdo ahora de una enfermedad epidémica que reinó en los pueblos de mi vecindad hace algunos años, mortal y peligrosísima; una vez la avalancha pasada (había arrastrado tras sí infinito número de vidas), uno de los médicos más renombrados de la localidad publicó un libro tocante á la materia, en el cual se consignaba que para combatir el mal se había empleado la sangría, y que esto